

Hasta entonces habían visto á los diestros luchar contra enemigos superiores en número: nadie, pues, pensó en protestar contra las dos espadas que amenazaban al bravo, que fué quien se metió en lo que no le importaba, y que al ver acercase á Cocardasse se juzgó perdido.

Pero era hombre de recursos, y dando un silbido llamó á los seis hombres de su cuadrilla, que no sospechó poder necesitar, y que se encontraban en reserva, por si acaso, mezclados entre la multitud que presenciaba el épico combate.

Los seis malandrines acudieron espada en mano á colocarse frente á los dos maestros de esgrima. Alzóse un murmullo entre los espectadores.

Pero en resumidas cuentas, ¿qué les importaba que hubiera unas cuantas víctimas más? Así la lucha resultaría más interesante y animada. Un espectáculo que amentaría agradablemente su emoción.

Por eso, pues, saludaron con aplauso á los nuevos campeones.

VIII

El que no aguardaban.

—¡Un instante! ¡Un momentito, señores!— dijo con voz agria y delgada un retaco de hombre, todo encogido y haraposo, que se adelantó hasta colocarse en medio del círculo.

No tenía muy buen aspecto que digamos con su traje andrajoso de montañés pirenaico. Sus alpargatas estaban llenas de lodo; sobre su arqueada espalda unas alforjas parecían contener algo vivo, según los movimientos regulares de la tela.

No era precisamente ¡orobado, pero sí seguramente contrahecho, y quizás inútil para todo, como no fuera para provocar la admiración burlesca de las mujeres y los chicos.

—¡Quítate de ahí, engendro!— le dijo Blancrochet dándole un empujón con el hombro para rechazarle hacia la rueda que formaban los espectadores.

Todos esperaban ver rodar al pobre diablo, y lanzaron una exclamación de sorpresa al verle firme como una roca en su puesto, y que, en cambio, el bravo se llevaba la mano al hombro haciendo un gesto, como si se hubiera lastimado por el choque.

El hombrecillo dejó á Blancrochet el tiempo necesario para recobrar el equilibrio, y quitándose la boina dijo socarronamente:

—Más vale ser engendro que cadáver; y opino que vos lo seréis antes de mucho, no obstante vuestra gentil presencia. Precisamente de eso era de lo que quería hablaros.

—Tenemos cosas más importantes que hacer—replicó el bandido furioso.—¡Largo de aquí, mochuelo, si no quieres que te atraviese con mi espada!

El andrajoso montañés lanzó una risita burlona.

Sin duda no admitía más que amenazas bien apoyadas; ¿y qué caso iba á hacer de un hombre cuya primera fanfarronada tuvo resultado tan nulo?

El Fierabrás á quien obedecían sin chistar tantos bravos probados no podía tolerar que se burlasen de su augusta persona, y menos siendo un pigmeo el que lo intentaba.

Dirigióse, pues, hacia su interlocutor decidido á darle una lección severísima.

Pero querer y poder son dos cosas distintas. Y esto no se le ocurrió siquiera pensarlo al soberbio espadachín.

El recuerdo del reciente choque, sin embargo, debiera haberle hecho más prudente.

Quando llegó al sitio donde un segundo

antes hallábase el pobre diablo, no le halló; estaba encaramándose sobre los hombros de Cocardasse, que se debatía furiosamente.

Con aquel nuevo actor, cuya debilidad era patente, la tragedia parecía que iba á convertirse en sainete.

Todos rieron, y algunos aplaudieron.

Sin embargo, aunque el ágil montañés se había encaramado, no era muy fácil sostenerse sobre los hombros del gascón, que se sacudía como un perro mojado, echando sapos y culebras por la boca:

—¡Cuernos de Satanás!. ¿Quieres bajar de una vez, gusano?

Sin duda no le gustaba hacer de San Crisóbal, cuya historia, por otra parte, ignoraba, al diestro; pero su furia se apaciguó de repente como por encanto, y el rostro expresivo, y ceñudo entonces, del tolosano se dilató con íntima satisfacción.

Para ello había bastado que el hombrecillo pronunciase dos palabras al oído de Cocardasse:

—«¡Aquí estoy!», había dicho, é inmediatamente se operó tan brusco cambio.

—¡Bah!—dijo soltando una carcajada en las barbas de Blancrochet.—Si el pobrete halla el sitio á su gusto, no veo por qué hemos de impedirle que se quede un rato. Lo que pica

un poco mi curiosidad es saber qué va á hacer.

—Simplemente, dirigir un discursito á esos señores, y al respetable público que tendrá la amabilidad de oirme. Seré breve, perded cuidado... aunque no faltará á quien le pese.

É inclinándose por encima de la cabeza del gascón como si fuera la barandilla de su improvisada tribuna, saludó á la concurrencia.

—Estáis batiéndoos, ó vais á batiros. ¡Muy bien! El duelo es noble cuando se pelea por una causa buena; pero ¿lo es la vuestra? Nadie lo sabe entre los que os verán pelear, y conviene que lo sepan.

—¿Qué te metes tú, mosquito en lo que no te importe?—gruñó Blancrochet.

—El mosquito pica y saca sangre. Cuando clava su aguijón en las orejas de los burros, éstos rebuznan. Pero necesito que se callen para que yo pueda hablar, porque he de decir algo muy interesante.

—¡Sí, sí, que hable!—gritaron los circunstantes divertidos.

—Pues bien; digo que entre los que tienen la espada en la mano hay bandidos. ¡Ea, señoras y caballeros; un escudo de plata, el último que me queda, al que adivine de qué parte están los bandidos!

Y enseñó la moneda al público cogiéndola

con el índice y el pulgar. Los espectadores reían de buena gana.

—¿Nadie quiere ganarlo? Bueno; voy á ayudaros un poco. He dicho bandidos, y añado que han vendido su espada. Observad que no hablo de su conciencia, pues no creo que la tengan. De todos modos, yo que os hablo no daría por ellas un cuarto, ni aun una acción de *M. Law*. ¡Adivinad! ¿No adivináis? Pues los conoceréis bien pronto, porque Dios, de quien á menudo hablan mal los que son incapaces de reconocer su justicia, se servirá de aceros leales para desenmascarar á los vendidos. Perecerán todos, aquí, á vuestra vista.

Los circunstantes se estremecieron vivamente.

—¿Va á durar mucho esta farsa?—preguntó Gendry á Blancrochet, ya armado con la espada de Ibo de Juján, y colocándose al lado del jefe de los *Sacamantecas*.

—¡Déjale!—insinuó éste.—Maese Cocardasse no se enfada porque ese mono se haya montado en sus hombros. Así gana unos momentos más de vida.

Una presión de piernas advirtió al gascón que no respondiese. El engendro se encargaba de hacerlo por él.

—¡Je, je!—prosiguió el hombrecillo.—¡Ya veremos quién va á hacer aquí más triste figu-

ra! Los que han vendido su espada, señores, tienen el dinero en el bolsillo. ¿Por qué haces gestos? ¿Quién de los dos es el mono ahora?

Risas estrepitosas. Algunos comenzaron á guasearse.

—¡Chist! ¡No os riáis! El dinero que tienen en el bolsillo los bandidos no les servirá para nada; ¡para nada!

—¿Por qué?—preguntó alguien.

—¿Pues no lo he dicho ya? Porque van á morir aquí mismo, y...

—¡Basta!—gritó Blancrochet.

—¡Acabemos!—dijo Gendry, que se sentía turbado á pesar suyo.

Cien voces salieron de la multitud:

—¡Dejadle hablar! ¡Que hable! ¡Habla, pequeño!

El hombrecillo, quitando el chambergo á Cocardasse, lo presentó hacia abajo á los bravos, y dijo socarronamente:

—Vaciad vuestros bolsillos: el dinero que os han dado para cometer crímenes será repartido entre los pobres. En el Infierno tenéis crédito suficiente para no necesitar un cuarto. ¡Un buen movimiento, señores espada-chines, corta-bolsas, asesinos y bravos de profesión!

»Dadlo todo: por una vez en la vida sed caritativos, y quizás Dios os lo tenga en cuenta;

pero apresuraos, porque dentro de cinco minutos, de diez á lo sumo, ya será tarde, y vuestros escudos estarán manchados con vuestra sangre, ¿No queréis? Bueno, viles lacayos de un amo que no tardará en satisfacer también sus deudas. Apresuraos á ponerlos bien con Dios encomendándole vuestra alma.»

Su voz tenía un timbre tan extraño, que todos se estremecieron. Blancrochet y Gendry se miraron. Tras ellos los seis bandidos aguardaban impasibles la orden de atacar. Cocardasse los miraba con desdén, confiado en la poderosa ayuda que iba á prestarles el hombre á quien sólo él y Passepoil habían reconocido. En aquel instante los dos diestros no hubieran pestañeado ni cejado lo más mínimo ante veinte adversarios, y tenían en la punta de la lengua, cosquilleándoles, un nombre para hacer temblar á sus adversarios, nombre que no pronunciaban, por comprender que alguna necesidad habría de callarse. Berrichón, que no sospechaba nada, después de haber asistido impasible á la agonía de Juján, buscaba con la vista otro adversario que le conviniese.

En cuanto al hombrecillo, una vez dichas las últimas palabras saltó ágilmente á tierra, y recogiendo la tizona de Daubri, se puso en guardia, exclamando:

—¡Se acabó! Somos cuatro, y vosotros ocho.

Que cada uno de mis compañeros elija su adversario, y yo me las entenderé con los cinco restantes.

La concurrencia se sobresaltó. Aquel hombrillo tomaba colosales proporciones.

Sería mentir acusar de cobardía á los espadachines; pero, si no temor, algo de aprensión tenían, algo como vago presentimiento de que el lance iba á ser mucho más grave de lo que suponían.

Gualter Gendry se resistía á creer que aquel fuese Lagardère. Aunque la actitud soberbia de los diestros constituía para él una prueba, se esforzaba en dudar, temiendo que le abandonara todo su valor; pensaba que el gascón y el normando no habrían podido contenerse, sobre todo el primero, al reconocer á su señor.

En cuanto á Blancrochet y sus satélites, no habían tenido nunca que ver con el Conde; á los dos diestros los conocían sólo de fama—que creían muy exagerada—y no tenían por qué temblar. Pusiéronse, pues, en fila sin más emoción que la que embargaba á toda la multitud, la cual enmudeció como obedeciendo á una consigna, y por tercera vez comenzó el sangriento y rudo combate.

Pero uno de los combatientes valía por ocho. Los movimientos de su acero eran tan rápidos é imprevistos, que apenas se cru-

zaron los hierros, uno de los bandidos cayó muerto con una estocada entre los dos ojos. Era uno de los dos hombres que se juntaron á Blancrochet y Gendry para atacar al misterioso contrahecho. Los dos jefes palidecieron intensamente cuando el segundo fué muerto del mismo modo, y vieron á Cocardasse despachar á otro y á Passepoil acabar con el cuarto. La partida era ya igual.

Hasta entonces nadie había pronunciado una palabra. El sitio asemejábase á un pequeño campo de batalla. Nunca se había visto combate igual en el bulevar de Montmartre, y es seguro que si hubiera aparecido la policía, los espectadores la habrían ahuyentado á linternazos para no perder espectáculo tan interesante. Felizmente, los polizontes, como de costumbre, no pensaban en parecer por aquellos andurriales.

Los clientes del figón de los *Sacamantecas*, habituados á entendedérselas, por lo común, con pacíficos burgueses, no concebían aquella manera de pelear, y se aturdían de ver constantemente la punta de la espada amenazándolos entre los dos ojos. Á tal extremo, que al equilibrarse las fuerzas uno de los acólitos de Blancrochet, no teniendo para hacerse matar las razones que su jefe, trató de esquivarse.

Por desgracia, el círculo era tan compac-

to, la multitud hallábase tan apiñada, que el fugitivo, lejos de encontrar paso, fué rechazado al centro de la liza con indignación de los espectadores, que, ebrios de sangre, querían verla correr más. Era el adversario de Berri-chón. Juan María corría tras él gritando:

—¿Cómo es eso? ¡Nada de bromas, amigo! ¡Eres el segundo cadáver que me he propuesto hacer esta tarde, que es la de mi estreno en el campo! Así, pues, no vale escaparse. ¡Vamos á seguir nuestra interesante charla; hazme el favor!

El bandido no le escuchaba. Daba vueltas al círculo buscando una salida, aterrado y loco. Por un instante tuvo la idea de abrirse paso con su espada, matando ó hiriendo á cuantos se le pusieran por delante, aunque fueran mujeres. Pero Juan María adivinó sus intenciones, y pinchándole en los riñones le dijo:

—¡Eh, tú, ganapán! ¡Te advierto que aunque no quiero matarte por la espalda, como amenazas ó hieras á alguien del respetable público te ensarto con mi acero, y puedes encomendarte á Satanás!

Como consecuencia de esta caza fantástica se acordó tácitamente una tregua entre los combatientes. El lado grotesco del suceso desaparecía ante lo que tenía de terrible: una vida humana acorralada y en el último extremo.

Los adversarios se observaban sin atacarse, y, agitados por diversos sentimientos, miraban de reojo al infeliz perseguido, con las facciones horriblemente descompuestas por el terror, que le prestaba agilidad sorprendente.

Insultado, escarnecido, rechazado por todos los espectadores, el miserable no tuvo más remedio que resignarse á hacer frente á su adversario, y lo hizo con los labios cubiertos de espuma y los ojos desencajados, como jabalí en el último apuro.

Entablóse entre ellos desesperada lucha, y Cocardasse, que estaba con los brazos cruzados, creyó de su deber animar á su discípulo.

—¡Bravo! ¡Ya es tuyo; pichón! ¡Cuidado con los golpes traicioneros! ¡Tírate á fondo, al corazón!... ¡Caramba, pequeño!... ¡El bribón ha saldado ya sus cuentas!

En efecto; el bandido acababa de caer con los brazos extendidos y lanzando un grito terrible al ser atravesado su cuerpo de parte á parte por la antigua espada de Cocardasse.

Los espectadores concentraron toda su atención en el hombrecillo contrahecho, súbitamente transformado en héroe, que se batía contra Blancrochet y Gendry.

Al religioso silencio de antes sucedieron gritos de furor y frases alentadoras: le exaltaban y animaban, insultando á sus adversa-

rios, cuya ciencia, reducida á estocadas traidoras y desleales, se estrellaba ante el golpe de vista, la destreza y la impasibilidad del misterioso personaje.

Passepoil había tendido en tierra al último de sus adversarios.

No quedaban ya más enemigos de los doce que poco antes acudieron para asesinar á los dos maestros de esgrima, que los dos que luchaban con el supuesto montañés, y el hombrecillo se divertía jugando con ellos como un gato con un ratón.

La frente de los espadachines destilaba frío sudor.

Los diestros y Berrichón no intervenían, seguros de que no tenían necesidad de hacerlo, y limpiaban tranquilamente sus espadas.

El tolosano dijo á JuanMaría:

—¡Bien, pichón! ¡Estoy satisfecho de tí! Pero fijate bien, abre el ojo y aprovecha de la lección que nos está dando ese...

—¡Tripas de un ciervol! ¡No verás con frecuencia otra como esa!—murmuró Passepoil.— ¡Observa con atención!

Los dos bergantes eran de primera fuerza, sobre todo Blancrochet.

Hasta entonces aquellos bravos habían expuesto la vida, y apenas sacaron de la refriega algunos arañazos.

Á la sazón comprendían que jugaban su partida suprema y que iban á morir de una estocada entre los dos ojos.

—¡Truenos y rayos!—gruñó Gendry. ¡Este aborto es el diablo en persona á no ser que sea...!

—¡Toma mi firma!—interrumpió el con trahecho.

Y Gualter cayó á tierra con los brazos extendidos.

—¡La estocada de Nevers!—exclamó Blancrochet, cuyo bronceado rostro se tornó lívido, porque sabía ya quién era su temible adversario.

—¡Vive Dios!—dijo burlonamente Cocardasse.—¡Al bellaco le ha sucedido lo que al pastor de la fábula! Tanto llamar «al lobo» la otra noche en el albañal de Montmartre... Al fin le ha visto las orejas, y no lo contará.

El maestro de los *Sacamantecas* se convenció de que estaba perdido y de que sólo le quedaba el recurso de matar á su adversario al mismo tiempo que él moría.

¡Quimérica esperanza!

La lucha fué ruda: el último choque, espantoso; pero el resultado no podía ser otro.

El ilustre Blancrochet, la mejor espada de París, se desplomó como masa inerte sobre el cadáver de su teniente Daubri.

Como cayó de espaldas, el sol poniente envió á su frente uno de sus últimos rayos, un rayo rojo que iluminó por un momento el negro agujero abierto entre ceja y ceja por la espada del hombrecillo.

FIN DEL TOMO II

INDICE

	<u>Páginas.</u>
VIII. Después de la fiesta.....	7
IX. Pesquisas nocturnas.....	14
X. En el figón.....	25
XI. Maturina.....	33
XII. El lazo.....	38
XIII. El secreto del albañal.....	49
XIV. ¡Brava moza!.....	64
XV. Amor sincero.....	74

TERCERA PARTE

El miedo á las jorobas.

I. Proyecto atrevido.....	91
II. Mascarada.....	105
III. Viaje original.....	118
IV. Cocardasse repudia á Petronila.....	138

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALEJANDRO CALLEJA"
 Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO